

GREG BEAR

Un thriller biotecnológico sobre la búsqueda de la inmortalidad, que se convierte en la más paranoica novela de conspiraciones.

VITALES



Como en LA RADIO DE DARWIN, Bear analiza una nueva idea especulativa a partir de los actuales conocimientos biotecnológicos, esta vez sobre las posibilidades reales de una mayor longevidad humana.

Hal Cousins y su gemelo Rob son biólogos a la búsqueda de una mayor duración para la vida humana. Su investigación les llevará, por separado, a descubrir que algunos entre nosotros son mucho más viejos de lo que la naturaleza nunca pretendió lograr. Misteriosamente, todo ello se emparenta con un viejo proyecto, conocido con el nombre de Seda, nacido en los tiempos de la Segunda Guerra Mundial bajo los auspicios y el control de Stalin. La más paranoica de las conspiraciones está servida.

Narrada desde la óptica del investigador Hal Cousins y también la del ex agente de la CIA, Ben Bridger, las sorpresas de este Thriller biotecnológico se suceden sin respiro en la agotadora y frenética búsqueda del hombre que creó Seda y las turbias razones que la explican. Un verdadero tour de force narrativo que concede escaso respiro al lector.

Para Poul Anderson, mi amigo,
que decidió no hacerlo

Presentación

A estas alturas, los lectores asiduos a NOVA no han de extrañarse si les digo que Greg Bear es uno de mis autores favoritos, uno de los más representativos e interesantes de la moderna ciencia ficción. La que hoy presentamos es la novena de sus novelas aparecidas en NOVA y me siento orgulloso de anunciar, para 2004, la décima de ellas: LOS NIÑOS DE DARWIN (2003), la esperada continuación del premio Nébula 2000, LA RADIO DE DARWIN (1999, NOVA número 143).

¿Qué hay en la obra de Greg Bear que despierte mi interés (y, espero, el de los lectores de NOVA)?

Para mí se trata de una narrativa seria y a la vez divertida, que es capaz de aunar buenas especulaciones en torno a posibles avances científicos con ideas sugerentes respecto a lo que ello puede representar, y todo servido con la necesaria e imprescindible amenidad y con las mejores técnicas narrativas. ¿Qué más se puede pedir cuando uno busca buena ciencia ficción a principios del siglo XXI?

Por ejemplo, al menos para mí, fue la aportación de Greg Bear la que más me sedujo cuando las «tres B» de la moderna ciencia ficción, Benford, Bear y Brin, se embarcaron en el complejo y arriesgado proyecto de continuar la mítica FUNDACIÓN de Isaac Asimov precisamente allí donde este la había dejado inconclusa: el nacimiento de la nueva ciencia de la psichistoria de la mano de Hari Seldon.

En su colaboración a la llamada Segunda Trilogía de la Fundación, fue Greg Bear quien, en FUNDACIÓN Y CAOS (1998, NOVA número 124), aportaba y desarrollaba una de

las más sugerentes ideas de esta nueva incursión por el mundo de la Fundación. Cuando Asimov introdujo, en *ROBOTS E IMPERIO* (1985), la llamada Ley Cero de la Robótica («un robot no debe dañar a la humanidad o, por su inacción, dejar que la humanidad sufra daño»); en realidad cambiaba el objeto de las clásicas Tres Leyes de la Robótica del individuo (el ser humano) a la especie (la humanidad), e introducía un nuevo problema que, pese a su evidencia, solo formalizó Greg Bear en *FUNDACIÓN Y CAOS*.

Me explicaré.

Si el objeto de las leyes de la robótica pasa a ser «la humanidad», cabe también la posibilidad de considerar el papel que juega el libre albedrío, incluso en esa humanidad tan sobreprotegida por los robots «giskardianos» (por el primer robot telé-pata Giskard, precisamente el autor de esa Ley Cero de la Robótica). Defender la necesidad y la capacidad de la humanidad incluso para equivocarse es el papel que, en la acertada visión de Greg Bear en *FUNDACIÓN Y CAOS*, han de acabar haciendo los robots «calvinianos» (fieles a las tres primeras leyes de la robótica que defendiera Susan Calvin, la primera robo-psicóloga asimoviana).

Debo reconocer que esa sugerencia del enfrentamiento entre robots «giskardianos» y «calvinianos» me pareció, y con mucho, la mejor de las muchas ideas que incorporaba Greg Bear en su aportación a la Segunda Trilogía de la Fundación: los posibles «memes» alienígenas, la posible reacción evolutiva de la especie humana ante el exagerado papel protector de robots giskardianos como Daneel R. Olivaw y, en definitiva, la posible respuesta a preguntas claves en torno a la *FUNDACIÓN* asimoviana: ¿por qué no hay alienígenas en el Imperio Galáctico de Asimov? ¿Cuál es el papel de robots y ordenadores en ese complejo imperio y en la Fundación que le ha de suceder?

(Si ustedes me lo permiten, y esta sería la «obligada» interrupción publicitaria a la que ya estamos tan habitua-

dos..., les anuncio que, a mediados de este mismo año 2003, NOVA publicó CRISIS PSICOHISTÓRICA de Donald Kinsbury, quien, al margen y me temo que sin el permiso de los albaceas literarios de Asimov, se atrevió a analizar cómo podría ser el universo regido por una Fundación poseedora de la ciencia psichistórica, precisamente tras la recuperación de la caída del Imperio Galáctico. Asimov centró en la búsqueda del mítico planeta Tierra las tramas de LOS LÍMITES DE LA FUNDACIÓN y de FUNDACIÓN Y TIERRA, pero Kinsbury se atreve incluso a enmendar la plana al maestro. No se lo pierdan).

Volviendo a VITALES, nadie debería sorprenderse que fuera precisamente Greg Bear quien desarrollara esas ideas en la Segunda Trilogía de la Fundación. Y aún menos los lectores de NOVA que han tenido la oportunidad de conocer las sugerentes ideas de Bear en torno a la conciencia y la nanotecnología (REINA DE LOS ÁNGELES); la nanotecnología asociada a la conquista del espacio (MARTE SE MUEVE), las consecuencias sociales de la inteligencia artificial asociada a la nanotecnología y a diversas técnicas de psicoterapia ([ALT 47]), una posible evolución lamarckiana con la herencia de los rasgos adquiridos por los progenitores (LEGADO); la clásica investigación de un extenso y misterioso mundo-universo interminable en un asteroide (EÓN Y ETERNIDAD), o, más recientemente, las complejidades del nacimiento de una nueva especie en el seno de la humanidad (LA RADIO DE DARWIN).

En los últimos años, Greg Bear, siempre atento a los temas biológicos (en su página web www.gregbear.com hay incluso un apartado dedicado precisamente a la biología), parece haberse especializado en un nuevo tipo de thriller biotecnológico. LA RADIO DE DARWIN es un buen ejemplo de ello y este VITALES que hoy presentamos se apunta también a esa línea.

Creo que la mejor definición de lo que es VITALES la dan Stephen Baxter y David Brin, dos compañeros de Bear

en la difícil labor de escribir buena ciencia ficción a principios del siglo XXI.

La opinión más sintética la ofrece Stephen Baxter al decirnos que «VITALES es el futuro del thriller, y un thriller de nuestro futuro», frase que extraigo de un comentario más extenso:

Sorprendente. Me sentí arrebatado por su feroz inteligencia, por la increíble investigación y la mucha intuición, y por su terrible lógica. VITALES es la última teoría en conspiraciones. VITALES es el futuro del thriller, y un thriller de nuestro futuro. VITALES es biotecnología de la más oscura. Lea esta novela con la luz encendida, y prepárese a no dormir fácilmente.

Porque lo que sorprende en esta novela de Greg Bear es el tono oscuro y turbio que ha llevado a etiquetarla como «un thriller biotecnológico sobre la búsqueda de la inmortalidad, que se convierte en la más paranoica novela de conspiraciones».

Como en LA RADIO DE DARWIN, Bear analiza en VITALES una nueva idea especulativa a partir de los actuales conocimientos biotecnológicos, esta vez sobre las posibilidades reales de una mayor longevidad humana.

Hal Cousins y su gemelo Rob son biólogos en búsqueda de una mayor duración para la vida humana. Su investigación les llevará, por separado, a descubrir que algunos de entre nosotros son mucho más viejos de lo que la naturaleza nunca pretendió lograr. Misteriosamente, todo ello se emparenta con un viejo proyecto llamado «Seda», nacido en los tiempos de la Segunda Guerra Mundial bajo los auspicios y el control de Stalin. La más paranoica de las conspiraciones está servida.

Narrada desde la óptica del investigador Hal Cousins y, también, del ex-agente de la CIA Ben Bridger las sorpresas

de este thriller biotecnológico se suceden sin respiro en la agotadora y frenética búsqueda del hombre que creó «Seda» y de las turbias razones que la explican. Un verdadero tour de force narrativo que concede escaso respiro al lector.

E, implícitamente, junto al agitado thriller, la novela viene a sugerir una especie de moraleja que ha explicitado David Brin con gran claridad:

Ahora, cuando se proclama con creciente entusiasmo que las llaves de la inmortalidad están al alcance de la humanidad, Bear nos advierte en VITALES que un mundo extraño y aterrador puede estar esperándonos si nos atrevemos a abrir esa puerta.

La especulación de VITALES es eminentemente biotecnológica, pero también política y conspirativa. Lo que, en definitiva, viene a convertirla casi en una novela de «terror» (que no de «horror» o «espanto» según la curiosa clasificación que elaborara Orson Scott Card en MAPAS EN UN ESPEJO).

Entre muchos otros, así lo afirma una autora de bestsellers como Tess Gerritsen: «Aterrador... Greg Bear no solo hace que hagas suposiciones, también te hace pensar. Es un maestro en el arte de convertir un concepto científico en un buen thriller».

Debo decir que no suelo ser aficionado a las novelas de terror (ya hay en el mundo demasiadas cosas que me aterrorizan para que, además, busque el terror entre las sensaciones que pueda proporcionarme la lectura...), pero lo cierto es que, incluso con ese tono de conspiración paranoica de la que VITALES es una pequeña obra maestra, a mí, más que terror, esta novela de Bear me interesa por su sugerente capacidad de reflexión, precisamente en torno a la línea del problema fáustico que denuncia David Brin: la función prometeica de la tecnociencia empieza, tal vez, a crear más problemas de los que resuelve. ¿Es bueno perseguir una mayor longevidad para los individuos cuando la

especie no parece necesitarla? ¿Se ajusta esto al diseño de la naturaleza para con la humanidad? ¿No tenemos derecho los humanos a perseguir nuestros deseos, aunque estos ya no se ajusten a la evolución biológica natural? ¿Hasta qué punto la cultura y las presiones sociales desvían el camino evolutivo natural? Y así hasta el infinito.

Por eso me gustan las novelas de Greg Bear: me entretienen, me divierten (aunque puedan preocuparme y aterrorizarme un poquito...) y, eso es lo más importante para mí, siempre me sugieren nuevos caminos de reflexión que son, al menos en mi caso, algo que me parece fundamental en la buena ciencia ficción en un mundo tan complejo como el que nos ha tocado vivir.

*Y, para finalizar, una última observación que tal vez solo sirva a algunos viejos connaisseurs de la ciencia ficción. VITALES me ha recordado, y mucho, un inolvidable y cautivador relato largo (una cincuentena de páginas) que escribiera, hace más de cincuenta años, Fredric Broto: «Come and Go Mad» (publicado en julio de 1949 en la revista *Weird Tales*), y que en español se puede encontrar, por ejemplo, como «Ven y enloquece» en la edición que hicimos en 1988 en Ediciones B de LO MEJOR DE FREDRIC BROWN, en la vieja colección de bolsillo *Libro Amigo/Ciencia Ficción* (60/16). Y VITALES no desmerece, ni mucho menos, a su posible inspiradora...*

Que ustedes lo disfruten (aunque, si Gerritsen tiene razón, tal vez sufran un poquito...). No teman, vale la pena.

MIQUEL BARCELÓ

Nuestros cuerpos están compuestos de células. Las mitocondrias son las partes de nuestras células que generan las moléculas ricas en energía que usamos en cada instante de nuestras vidas.

Hace miles de millones de años, las mitocondrias fueron invasores bacterianos, parásitos de las células primitivas. Unieron fuerzas con sus anfitriones y, ahora, son imprescindibles.

Mis mitocondrias suponen una proporción muy grande de mí. No puedo hacer el cálculo, pero supongo que su masa neta es tanta como la del resto de mi cuerpo por separado. Mirándolo de este modo, podría tomármeme por una enorme colonia bacteriana móvil que opera un complejo sistema de núcleos celulares, microtúbulos y neuronas para el placer y el sustento de sus familias y que, en este momento, opera una máquina de escribir.

Lewis Thomas

Los organillos como organismos, 1974

Amamos al camarada Stalin más que a papá y a mamá.
¡Que viva el camarada Stalin un centenar de años! ¡No,
doscientos! ¡No, trescientos!

*Canción cantada por los niños soviéticos,
principio de los años cincuenta*

PRIMERA PARTE HAL COUSINS

1

28 de mayo - San Diego, California

La última vez que hablé con Rob estaba facturando mi equipaje en el aeropuerto Lindbergh para volar a Seattle y encontrarme con un ángel. Mi móvil sonó y destelló en la pantalla Némesis, el código para mi hermano. Hacía meses que no hablábamos.

—Hal, ¿te ha llamado papá? —preguntó Rob. Sonaba tenso

—No —dije. Papá había muerto hacía tres años en un hospital en Ann Arbor. Cirrosis hepática. Se había ahogado en su propia sangre debido a las venas que le reventaron en el esófago.

—Alguien llamó y sonaba como papá, te lo juro —dijo Rob.

Mamá y papá se habían divorciado y mamá vivía en Coral Gables, Florida; y mamá no había querido relacionarse con nuestro padre incluso cuando se estaba muriendo. Rob había aguantado la vigilia del moribundo en el hospicio. Antes de que pudiera saltar a bordo de un avión para unirme a ellos, papá había muerto. Dejó de soltar tacos dirigidos a nadie en particular —demencia producida por fallo hepático— y se durmió; entonces Rob dejó la habitación para tomar una taza de café. Cuando volvió, encontró a nuestro padre sentado en la cama, con la cabeza gacha, la

barbilla sin rasurar y el pálido y flojo pecho empapados en sangre como un vampiro geriátrico. Papá estaba muerto incluso antes de que las enfermeras se presentaran. Sesenta y seis años de edad.

Fue una muerte triste y horrible, el final de un duro camino en el que papá se la había pegado deliberadamente contra cada bache. Mi hermano se lo había tomado muy mal.

—Estás cansado, Rob —dije. El aeropuerto, kilómetros de acero bruñido y cristal grueso de bordes verdes, ondulaba a mi alrededor como un acuario para peces.

—Es verdad —replicó—. ¿Tú no?

Había estado en Hong Kong justo la noche anterior. No había dormido en cuarenta y ocho horas. Nunca puedo dormir en un avión que vuela sobre el agua. Una neblina de nombres y reuniones ridículas y un dolor de estómago gracias a la comida de las líneas aéreas francesas era todo lo que tenía como recuerdo de mi viaje. Me sentía como un perro de exhibición que llega a casa sin medalla.

—No —mentí—. Estoy bien.

Rob siguió murmurando durante un rato. El trabajo no iba bien. Tenía problemas con su esposa, Lissa, una belleza rubia de piernas largas que pertenecía a una zona normalmente fuera de nuestro poder de atracción. Sonaba tan cansado como yo, e incluso más confuso. Pensé que se estaba mostrando reservado acerca de lo mal que estaban las cosas realmente. Después de todo, yo era su hermano menor. Por dos minutos.

—Ya basta de mí —dijo—. ¿Cómo va la búsqueda?

—Va —dije.

—Quiero que lo sepas. —Silencio.

—¿Qué?

—Odio los misterios.

—Protégete la espalda.

—¿Qué significa eso? Deja de joder.

La risa de Rob sonó forzada.

—Aguanta, príncipe Hal.

Siempre me llamaba así cuando quería jugármela.

—Ja —dije.

—Si llama papá —dijo—, dile que le quiero.

Colgó. Me quedé de pie en una esquina del alto y soleado vestíbulo con el cristal verde y el acero blanco cegador a mi alrededor; entonces maldije y marqué el número del móvil —sin éxito— y todos sus otros números.

Lissa respondió en Los Ángeles. Me contó que Rob estaba en San José, no tenía ningún número local suyo, ¿por qué? Le conté que me pareció cansado y ella dijo que había estado viajando un montón. No habían hablado mucho últimamente. Respondí con generalidades en respuesta a su desconcierto y colgué.

Algunos creen que los gemelos siempre están cerca el uno del otro y que siempre saben lo que el otro está pensando. No es verdad, no es verdad para nada en el caso de Rob y yo. Nos peleábamos como gatos monteses desde que teníamos tres años. Creíamos que éramos gemelos solo por accidente y que estábamos en esta larga carrera cada uno por su cuenta, una pelea justa desde el principio pero sin demasiada confraternización durante el camino.

Incluso así, habíamos elegido cada uno por su cuenta la misma carrera, cada uno por su cuenta se había interesado en los mismos aspectos de biología y medicina, y cada uno por su cuenta se había casado con mujeres de gran belleza que no podíamos mantener a nuestro lado. Puede que no me gustara mi gemelo, pero tan seguro como el infierno que lo quería.

Algo iba mal. Así que ¿por qué no cancelaba mi vuelo y hacía algún intento para encontrarlo y preguntarle qué podía hacer yo? Me ofrecí excusas a mí mismo. Rob intentaba volverme majareta. Príncipe Hal, no me digas.

Volé a Seattle.

2

18 de junio - Fosa de Juan de Fuca

Caímos en una larga y lenta espiral, envueltos por un pequeño vacío tan brillante y negro como una burbuja de obsidiana, a través de dos mil quinientos metros de noche eterna. Tenía un montón de tiempo para pensar.

Mirando a mi derecha, por encima del hombro, me concentré en la cabeza del piloto doblada bajo el resplandor de una única lámpara. Dave Press se frotó la nariz y se retiró a las sombras. Era mi tercera inmersión en este viaje, pero la primera con Dave como piloto. Viajábamos solos, solos los dos, sin observador o respaldo. Nuestro sumergible de profundidad, El Triunfo de María, descendía a una velocidad de quince metros por minuto, novecientos metros por hora.

Dave se inclinó hacia delante de nuevo, silbando sin melodía.

Entorné los ojos hasta conseguir dos ranuras borrosas e imaginé que la cabeza de Dave era lo único que existía. Solo una cabeza, mis ojos, trescientos metros de océano por encima y más de kilómetro y medio por debajo. Durante unos segundos, me sentí como el negro Pip, expulsado por la borda de uno de los botes balleneros de Ahab, chapoteando durante horas sobre las olas que le caen encima. Pip cambió. Dejó de ser un vivaz grumetillo para pasar a ser